

el Imperio considerado como tal, con lo que desaparecía este último resto del poder central. El Imperio, en su esencia, no era en realidad sino una confederación de Estados completamente independientes, y el hecho de que en aquella confederación ingresaran 61 ciudades imperiales como miembros con iguales derechos que los príncipes, no hizo sino aumentar la lentitud del procedimiento de la dieta que por virtud de ello contaba con 240 votos (8 electores, 69 príncipes eclesiásticos, 96 príncipes laicos, 61 ciudades imperiales, 2 prelados no príncipes y 4 votos para todos los condes y barones). Cuanto menos propia para realizar las tareas de un gran organismo político era esa numerosa asamblea, que muy pronto fué la burla de todo el mundo político, tanto mas se concentraba la vida política de la nación en los Estados particulares cuya independencia, lentamente desarrollada en las luchas religiosas del siglo XVI, alcanzó su desenvolvimiento definitivo durante la guerra de Treinta años y con la paz de Westfalia.

Si se examinan en conjunto todas esas cláusulas, resulta indudable que significan en primer término la completa derrota de la institución imperial. Así como en las cuestiones religiosas el emperador hubo de hacer á los protestantes, obligado por Suecia, casi todas las concesiones en evitación de las cuales había sostenido aquella obstinada guerra, así también en la esfera política hubo de dejarse arrebatar casi todas las atribuciones que habían sido hasta entonces el único lazo de unión de aquel organismo imperial que se disgregaba. Limitar el poder de los príncipes protestantes y á ser posible también el de los católicos y robustecer enfrente de ellos la autoridad del emperador, tal había sido la solución de la política imperial durante la primera fase, mas local, de la guerra y especialmente en la época del primer generalato de Wallenstein. La tenacidad con que se había perseguido ese objetivo y sobre todo la intransigencia demostrada por el protestantismo habían atraído sobre Alemania males sin cuento: el congreso de la paz de Westfalia había, sin embargo, demostrado que, tales como estaban las cosas, era imposible alcanzar el objetivo de aquellos esfuerzos. El resultado había sido precisamente todo lo contrario de lo que se pretendía: en vez de un mayor robustecimiento del poder central, la ruina definitiva del mismo, la disolución casi completa del lazo que unía á los miembros del Imperio, el reconocimiento definitivo y casi incondicional de la soberanía de los Estados territoriales que fueron poco menos que los únicos representantes del poder del Estado, y además las nuevas pérdidas de territorio en provecho de las potencias extranjeras, la legalización de la independencia de dos grandes regiones, Suiza y los Países Bajos, antes pertenecientes al Imperio, tales fueron las tristes consecuencias de la terrible guerra consignadas en las distintas cláusulas del tratado de paz. El Imperio dejaba de ser en el fondo un organismo homogéneo y la autonomía de sus diferentes miembros hubo de serle tanto mas funesta cuanto que una parte de estos eran soberanos extranjeros que en cada instante procuraban hacer valer, como miembros del Imperio, sus intereses especiales, hallando con frecuencia apoyo para sus exigencias en uno ó en otro de los mismos príncipes alemanes. Así por ejemplo, durante las negociaciones de la paz se había iniciado y desarrollado una alianza entre Francia y Baviera cuyo origen se remonta á la dieta de electores de 1630: esa funesta alianza fué en primer término la que facilitó la posterior liga del Rin y valió á Baviera la honrosa calificación de «nuestra mas antigua aliada en Alemania» que repetidas veces le dió Francia.

Aquella triste paz produjo, sin embargo, un gran resultado: la igualdad de derechos para las distintas confesiones

fué concedida incondicionalmente á los Estados imperiales inmediatos y con algunas limitaciones también á los vasallos. Pero este resultado, el único realmente beneficioso de la paz, hubiera podido conseguirse mucho antes si el emperador hubiese querido seguir la política que le había trazado Wallenstein, pues este en sus negociaciones con Sajonia había ofrecido en el terreno político-eclesiástico esencialmente casi lo mismo que ahora se otorgaba. Entonces esa concesión habría podido hacerse sin menoscabo de la constitución imperial en su conjunto y sin tener que ceder ante la presión de las potencias extranjeras, por espontáneo impulso del emperador, cuyo poder en vez de debilitarse habríase con ello robustecido considerablemente. Desde que se había consumado la ruina de aquel general, la terrible guerra había asolado inútilmente los distritos de Alemania y con ello no se había conseguido otra cosa que tener que agregar, bajo la presión de las potencias extranjeras, á las concesiones que aquel caudillo había hecho á los protestantes, una porción mas de concesiones políticas á todos los príncipes territoriales que casi aniquilaron por completo la autoridad imperial y sancionaron definitivamente la evolución de los Estados territoriales hácia la plena soberanía.

A los Estados territoriales correspondía entonces ponerse á la altura de la misión que esas conquistas les imponían y sanar con patriótica solicitud dentro de cada uno de ellos las profundas heridas que la guerra había causado á la vida industrial y mercantil de la nación.

De que esos príncipes territoriales pudieran realizar esa tarea dependía el futuro desenvolvimiento de la historia alemana. La antigua unidad entre el Imperio y el Papado que los Habsburgos habían constantemente mantenido como herencia de la Edad media quedaba rota con la paz de Westfalia á pesar de todas las protestas (préviamente declaradas nulas por el tratado) que ya en 26 de octubre de 1648 formuló el nuncio pontificio Fabio Chigi y que el propio pontífice Inocencio X confirmó en 26 de noviembre. Las tareas político-sociales de los distintos Estados relegaron cada vez mas en segundo término los antagonismos religiosos, del mismo modo que los principados territoriales relegaron al Imperio. El renacimiento á vida nueva é independiente en algunos de esos Estados, especialmente en Brandeburgo, de la idea de Estado que del todo había pasado á ser patrimonio de las partes, podía ser la base de una nueva formación del Estado total germánico, cuyos antiguos cimientos había convertido en ruinas la paz de Westfalia.

La dificultad de la misión que con ello se imponían los principados territoriales se nos presenta en toda su magnitud cuando examinamos, siquiera en sus rasgos fundamentales, el inmenso trastorno que la funesta guerra había producido en el estado de cosas político y social.

LA CULTURA ALEMANA BAJO LA ACCION DE LAS CALAMIDADES DE LA GUERRA

Está fuera de toda duda que la terrible guerra de Treinta años, cuyo origen y cuyo curso hemos descrito minuciosamente, fué en el fondo una guerra por cuestiones de índole ideal y representa en su esencia la lucha gigantesca del protestantismo alemán por conseguir, con relación á la religión antigua, la igualdad de derechos que tan tenazmente se le negaba. Basta recordar claramente el estado de cosas que fué resultado de las discordias religiosas en los tiempos del emperador Rodolfo II y de Matías para comprender que fué precisamente la causa de que se hiciera necesaria la contienda violenta entre las dos religiones, pues en aquella época, que llenaron casi por completo las luchas de religión,

era una idea incomprendible y extraña á su modo de ser la idea de la tolerancia religiosa. Para que esta tolerancia fuera un hecho, se hizo necesario que la guerra viniera á demostrar la imposibilidad absoluta de aniquilar al adversario.

Pero en el trascurso de la lucha este aspecto capital é ideal de las cuestiones por las que tan sangrientas contiendas se habían sostenido casi desaparecía ante otras consideraciones puramente interesadas. Aun entre los mismos príncipes que se pusieron al frente de ambos partidos los intereses materiales del aumento de territorio, de la apropiación de bienes eclesiásticos ó laicos y de los mayores ó menores derechos de soberanía territorial de tal manera se sobrepusie-

ron á los meramente ideales, que en aquellas turbulentas luchas de intereses los antagonismos religiosos apenas aparecieron en toda su pureza. Esta evolución había sido poderosamente fomentada y fortalecida por la intervención de las potencias extranjeras, pues si bien es cierto que la participación de Gustavo Adolfo en la guerra alemana enardeció, mientras vivió este, el entusiasmo religioso y dió á la lucha un carácter eminentemente ideal, no lo es menos que muerto aquel monarca los intereses egoístas vinieron á figurar, aun entre los suecos, al lado de los de la comunidad de religión. Con la intervención de Francia se acentuó mas esa tendencia, pues los puntos de vista políticos desde un principio



Escenas del tiempo de la gran guerra. Facsímil del grabado de Juan Ulrico Franck (1603-1680)

mantenidos con gran habilidad y admirable consecuencia, entre los cuales figuraba en primer término el de la adquisición de la orilla izquierda del Rin, eran los móviles no solo principales, sino exclusivos, que guiaban á aquella potencia. Únicamente ellos impulsaron á la monarquía francesa, que en su existencia nacional conservaba principalmente el carácter de un organismo político estrictamente católico, á apoyar primero indirecta y despues directamente á los protestantes alemanes en su lucha de vida ó muerte contra el Imperio. A medida que prevalecían en la lucha los intereses egoístas de los que en ella tomaban parte, Alemania se iba convirtiendo en campo de batalla de los ejércitos de las potencias extranjeras y la guerra tomaba un aspecto mas terrible hasta degenerar en guerra de aniquilamiento y de una brutalidad sin igual en la historia.

A todas estas tristes circunstancias aun se agregó otra. Los mismos príncipes que habían emprendido la guerra por razones esencialmente ideales y que la habían comenzado y continuado por conquistar los supremos bienes de la independencia y de la igualdad religiosas, la hicieron con ejércitos y generales para la mayoría de los cuales eran completamente indiferentes aquellos intereses morales por que luchaban. Preciso es analizar, por lo menos en sus rasgos principales, el carácter de los ejércitos de aquella época para formarse

idea exacta de la manera terrible como la guerra se hacia.

Los fundamentos de la antigua organización militar que había descansado sobre el principio de la obligación en que todos los habitantes de un país estaban de formar parte del ejército de su señor, habían desaparecido sin dejar apenas algunas huellas pasajeras. Los antiguos ejércitos montados, producto de los deberes feudales, habían perdido ya su importancia en el siglo XV merced á la aparición de las armas de fuego y al predominio de la infantería que estas armas habían impuesto. Pero la organización de los batallones de lansquenets, tal como se había desenvuelto desde la época de las guerras entre borgoñones y suizos y desde la batalla de Marignano y tal como había quedado definitivamente constituida en tiempo de los Frundsberge y Schertlins de Burtenbach, descansaba también, por lo menos en su esencia, en la idea de la comunidad nacional y territorial de los que en ellos servían. Destruídos en la segunda mitad del siglo XVI los fundamentos de aquella organización, se desarrolló el sistema de los mercenarios y de los enganches que ninguna conexión tenía con la constitución política del Estado, y este sistema, en el cual apenas existía una comunidad ideal entre los príncipes que hacían la guerra y sus ejércitos, llegó á su apogeo durante la guerra de Treinta años. Poco á poco fué haciéndose regla general el hecho de que el

príncipe que necesitaba soldados no los reclutara directamente, sino que confiara esta tarea, cual si fuese un negocio mercantil, á distintos aventureros que luego obtenían en calidad de coroneles el mando de los regimientos por ellos reclutados. Para esto el príncipe que había de hacer la guerra les entregaba ó prometía una cantidad con la cual tenían que satisfacer el premio de enganche y las soldadas de sus regimientos; y de esta suerte la leva de tropas era para los coroneles un negocio cada vez mas lucrativo. Las cantidades que estos recibían de los príncipes á cuyo servicio estaban tenían naturalmente por base el contingente completo de un regimiento: cuando este no contaba el número de plazas que debía tener, como sucedía siempre intencionadamente, ó cuando el regimiento perdía algunos hombres en un combate, el coronel se embolsaba el premio de enganche y las soldadas correspondientes á esas bajas. Este negocio fué naturalmente perfeccionándose hasta convertirse en refinado sistema gracias al cual los coroneles poco escrupulosos adquirían grandes riquezas y los gastos de entretenimiento del ejército aumentaban hasta lo infinito para los príncipes beligerantes, habiéndose calculado que el mantenimiento de un soldado durante la guerra de Treinta años costaba seis veces mas que hoy día. Esto solo explica ya los inauditos sacrificios pecuniarios que entonces imponía la guerra á los Estados.

Este estado de cosas tenía además otras muchas consecuencias todavía mas funestas. En primer lugar, dados los ingresos relativamente pequeños que por causa de una administración deficiente los territorios producían á sus príncipes, estos raras veces, y en los últimos años de la guerra nunca, podían atender con regularidad relativa á los enormes gastos que sus ejércitos exigían: de aquí que acudieran á los medios mas violentos y gravosos, apelando primero á empréstitos voluntarios ó forzosos y recurriendo despues á vastas confiscaciones de bienes, como lo hicieron en Bohemia los Estados sublevados y como lo hizo mas tarde y en mayor escala el emperador. Si esto no bastaba acudíase á las falaces ventajas de acuñar moneda de poca ley, recurso que tanta indignación producía y cuyas terribles consecuencias eran la paralización y la ruina del comercio y del tráfico del país. Nada tenía, pues, de extraño que el pueblo explotado se sublevara ante ese desorden de «traficante de moneda de baja ley» y manifestara su irritación en las formas mas violentas. Cuando ni aun por estos medios podía lograrse el resultado apetecido, adoptábase un procedimiento negativo que algunos príncipes habían puesto en práctica desde luego, sin apelar á otros recursos, y que llegó á su apogeo en tiempo de Wallenstein: este procedimiento consistía en no pagar sueldo alguno, obligando á los soldados á que se lo agenciaran cobrando contribuciones y cometiendo toda suerte de excesos con los territorios ocupados por el ejército. De esta manera, como las tropas se procuraban soldadas mucho mayores de las que los contratos les aseguraban gracias á la dificultad de inspeccionar la recaudación de las contribuciones, las infelices comarcas que servían de cuarteles á los ejércitos se veían obligadas á hacer los mas extraordinarios sacrificios pecuniarios que en poco tiempo ocasionaron la total ruina de sus habitantes.

Este estado de cosas producía tambien desastrosos resultados en el mismo ejército. Cuando las tropas no recibían con regularidad las pagas, como fué cosa corriente muy pronto aun en los primeros años de la guerra, y no podían buscar una compensación en las contribuciones, porque el país en donde acampaban fuera demasiado pobre ó estuviese ya completamente esquilimado, surgían motines que relajaban la disciplina y destruían la cohesión orgánica. Estas sublevaciones en grande escala, que encontramos ya en las pri-

meras luchas de Bohemia, se reprodujeron en casi todos los ejércitos que tomaron parte en la guerra y ya hemos visto que mas de una vez pusieron en grave aprieto al mismo Bernardo de Weimar, á quien sus tropas idolatraban y que era un organizador militar dotado de extraordinarias aptitudes.

Este estado de perturbación se acrecentaba considerablemente así para el ejército como para las poblaciones de los territorios en donde este acampaba, á consecuencia de la composición de esas tropas que era resultado de la constitución en general y particularmente del sistema de reclutamiento. Los coroneles encargados de las levas que, si no en primer término, por lo menos secundariamente, las consideraban como un negocio lucrativo, apenas podían tomar en consideración la procedencia y el carácter de los reclutados y mucho menos se interesaban porque los alistamientos se limitaran á los Estados del príncipe para quien se llevaban á cabo. Por todo el Imperio oíase el redoble de los tambores de enganche y el que cobraba el premio de alistamiento ingresaba en el ejército. Cuantas tentativas se hicieron para reunir un ejército al estilo de los anteriores siglos, haciendo una leva de gentes domiciliadas en el país como las que se habían hecho en los primeros años del levantamiento bohemio, fracasaron por completo y no se repitieron nunca mas. Estos ejércitos de mercenarios eran un compuesto abigarrado de hombres de todas clases y procedentes de todos los países: junto al hijo del labrador alemán á quien impulsaba á tomar las armas el afán de pelear ó la pérdida del patrimonio heredado, se encontraban toda clase de vagabundos de Alemania y del extranjero que acudían al llamamiento sobre todo cuando este se hacía en nombre de quien era garantía de victoria y de abundante botín. Ningun lazo de unión de carácter elevado, ninguna relación personal ó política con el señor á quien servían mantenía la cohesión entre aquellas hordas: lo único que las unía era el amor á la vida desordenada, la codicia de botín ó, como fué muy frecuente en los últimos años de la guerra, la desesperación producida por la seguridad de no poder continuar viviendo del trabajo pacífico. Dar á estos regimientos cierta consistencia moral mediante el juramento prestado á las banderas era cosa extraordinariamente difícil, y para lograrla requeríanse relevantes cualidades personales en la oficialidad de la que formaban parte muchos nobles alemanes y extranjeros. De aquí el hecho entonces tan frecuente y para nosotros tan sorprendente y repugnante de que compañías enteras al caer en poder del enemigo entraran sin mas ni mas al servicio de este.

Ejércitos así compuestos habían de ser naturalmente mucho mas gravosos para los territorios que en sus campañas recorrían que nuestros ejércitos actuales basados en el deber que todo hombre tiene de servir á su patria: para ellos no había diferencia entre un país amigo y uno enemigo; en uno y otro cometían iguales devastaciones y en su creciente salvajismo consideraban lícitas toda violencia, toda destrucción de la propiedad ajena y aun el completo saqueo de comarcas enteras cuando se trataba de privar con ello de todo medio de existencia al enemigo.

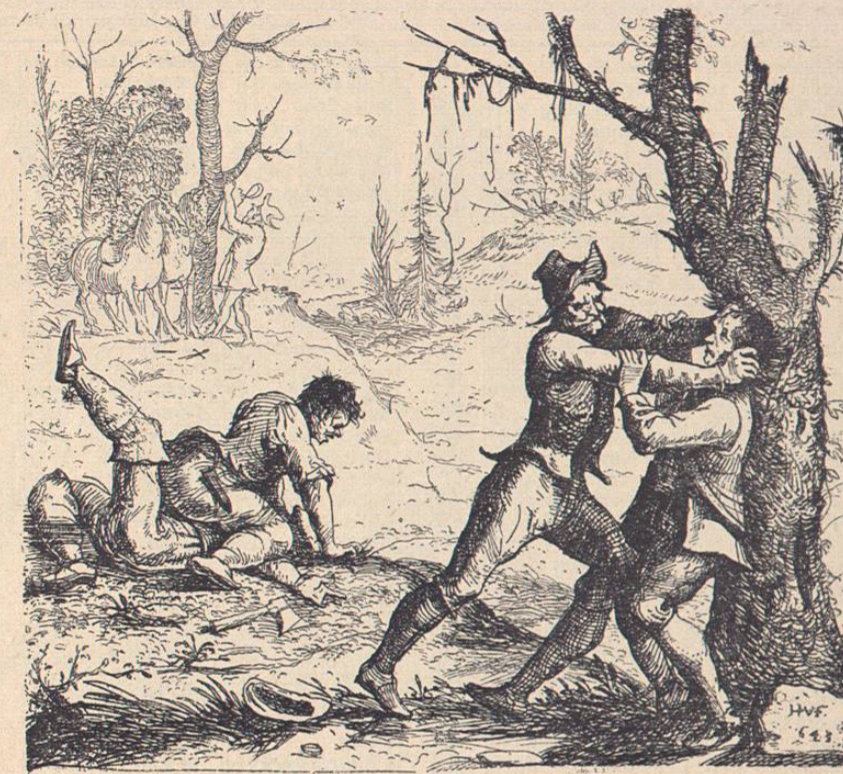
Así resultó muy pronto que los sacrificios impuestos á las poblaciones para atender al pago y mantenimiento del ejército que en sus territorios operaba eran solo una mínima parte de los que tenían que hacer, y eso que aquellos sacrificios eran por sí solos enormes, sobre todo si se tiene en cuenta que cuanto mas se prolongaba la guerra, cuanto mas tiempo tenía el soldado que acomodarse á la vida de campaña, tanto mas extraordinariamente aumentaban no solo las tropas mismas, sino tambien los demás elementos que las acompañaban. Cuando el ejército contaba 30 ó 40.000 hombres, como sucedía por regla general en la guerra de Treinta años,



Facsimile reducido de una hoja satírica referente á las falsificaciones de moneda durante la guerra de Treinta años

el séquito de mujeres é hijos de los soldados, de prostitutas, de granujas, etc., que el país había de mantener también, elevábase al doble ó al tripló. Los territorios á los cuales imponían sacrificios inauditos las contribuciones que habían de pagar para satisfacer á las tropas lo que las ordenanzas de entretenimiento disponían (para el soldado de infantería 9 ó 10 florines viejos, equivalentes á 25 ó 30 nuevos, para el de caballería 15 de aquellos ó sean 37 y medio de estos, para una compañía de infantería de 125 hombres 1.500, para una de caballería 2.400 florines mensuales), véanlos aumentados en tercio y quinto por lo que tenían que suministrar al séquito del ejército y por los robos y las depredaciones violentas á

que las tropas se entregaban. Las descripciones de los males sufridos por los territorios asolados que se conservan en los dietarios y en las crónicas y mas aun y de una manera mas palpable en los sencillos, pero elocuentes agrupamientos de cifras de los libros municipales que del tiempo de la guerra existen en casi todas las ciudades de Alemania, hablan de todo ello con una claridad que aterroriza. Ciertó que de estas descripciones horribles, frecuentemente inspiradas por el deseo de demostrar la imposibilidad de satisfacer nuevas gabelas, hay que suprimir algo; pero de todos modos resulta indudable que las comarcas devastadas durante largo tiempo ó á menudo por aquellos grandes ejércitos quedaron en de-



Viandantes sorprendidos por salteadores. Facsimile del grabado (1643) de Juan Ulrico Franck (1603-1680)

finitiva tan esquilmas y empobrecidas que llegaron al borde de la ruina haciéndose en ellas imposible toda actividad productora. A pesar de las numerosas y detalladas descripciones, muchas desgarradoras, no se llegará probablemente nunca á formar un cuadro estadístico exacto de las calamidades económico-sociales producidas por tantos años de devastaciones, de expediciones militares y de todos los vejámenes con ocasion de estas cometidos; esta labor nos parece de todo punto imposible por ahora, pues los trabajos preliminares hasta el presente realizados lo han sido dentro de una tendencia histórico-local y en investigaciones de esta índole es preciso guardarse mucho de proceder á generalizaciones precipitadas. Pero de todos modos son en alto grado características de las calamidades de aquella época esas minuciosas historias locales y hasta las descripciones generales, mezcla de verdades y de fantasías, como las contenidas en la historia de Philandro de Sittewald, por Moscherosch, y en el *Simplicius Simplicissimus* de Grimmelshausen. Si por un lado es preciso reconocer que son de valor problemático los cálculos generales sobre el decrecimiento de la cifra de población en toda Alemania, cálculos que ofrecen las mayores oscilaciones y que nos presentan el número de habitantes reducido por la guerra á una mitad, á un tercio y menos aun, por otro es imposible sustraerse á la tarea poco grata para el historiador

de citar cuando menos algunos de los mas fidedignos de estos datos aislados que las mas diversas comarcas de Alemania nos ofrecen.

Al hablar de la rebelion bohemia hemos dicho ya que, segun cálculos modernos basados en datos aislados de aquella época, la población de Bohemia disminuyó de cuatro millones á 800.000 habitantes. Indudablemente es exagerada la afirmacion, contenida en documentos de la época, de que cuando, despues de la paz, Carlos Luis regresó al Palatinado únicamente encontró allí la quinta parte de su antigua población; pero también es indudable que el Palatinado, causa primordial de la guerra en su primer período, ó sea el que sucedió á la lucha bohemia puramente local, sufrió muchísimo y durante larguísimos períodos á consecuencia de la misma, sobre todo cuando despues de entrar en posesion de él Maximiliano de Baviera corrieron parejas con las vejaciones militares las mas irritantes vejaciones religiosas que hicieron emigrar á millares de habitantes que se mantuvieron fieles al protestantismo. Algunos detalles quizás interesarán á nuestros lectores. Refiérese, por ejemplo, que los croatas al apoderarse de Germersheim pasaron á cuchillo á todos los paisanos, soldados, mujeres y niños que en la ciudad había, y aun cuando esto no deba tomarse al pié de la letra, comprueba en lo esencial la verdad de esta afirmacion el hecho de que el